

340 West 22nd Street  
New York, N. Y.

Hon. Sr. Juez don Emilio Belaval  
San Juan, Puerto Rico

Muy estimado don Emilio:

Quiero con ésta expresarle mi profundo agradecimiento por su amable deferencia al aceptar mi libro Cuentos del ser primitivo para hacerle prólogo.

Le incluyo en ésta un octavo cuento, El entierro, para la misma colección.

Tenia al principio el propósito de incluir también una novela corta, pero no lo haré por no haber podido llegar a un acuerdo con el Sr. Massa, quien desea que el libro sea de tamaño pequeño. Queda, pues, así, con este último cuento que le envío, completa la colección.

Vuelvo a expresarle mi agradecimiento.

Suyo atentamente,



---

Arturo Parrilla

# Para don Emilio

## Cuentos del ser primitivo

### I. Culpa primera

- (a) La hicotéa
- (b) El entierro

### II. Culpa última

- (a) La carta

### III. Muerte y resurrección en la mitología

- (a) Cena opípara

### IV. Espiación en el mundo

- (a) El pacto

### V. Lucha en el mundo

- (a) El pelo del jorobado

### VI. Hombre sobre el mundo

- (a) Lágrimas preciosas

C U E N T O S  
D E L  
S E R  
P R I M I T I V O

Por  
Arturo Parrilla

A. Parrilla  
340 West 22nd St.  
New York, N. Y.  
Watkins 9-0046

C U E N T O S   D E L   S E R   P R I M I T I V O

Arturo Parrilla



MUERTE EN LA CULPA

## UNA CARTA

Cuento por Arturo Parrilla - puertorriqueño

Una carta, cuidadosamente dispuesta sobre el escritorio de su aposento, se le antojaba al abogado Julián García la cosa más extraña. "Remitente: Dolores Vázquez, Cementerio de los Sauces", decía claramente el sobre en la parte superior izquierda. Pero Dolores Vázquez - él casi había olvidado hasta su nombre - había muerto hacía cinco años.

Ciertamente, aquello era bien raro. Siendo nuevo el sobre, ni siquiera cabía la posibilidad de ~~un~~ que fuese una carta extraviada que al cabo de los años hubiese llegado por fin a su destino. Además, era inconcebible que en tal caso hubiese sido enviada desde el cementerio. Dolores Vázquez nunca había sido tan excéntrica. Y ni soñar que todo fuese una broma de algún amigo. La letra de Dolores, diminuta, clara, precisa, como él la recordaba ahora, aparecía inconfundible en el sobre.

Pero tal cosa era absurda; los muertos no le escriben a nadie. Sin embargo, sólo un muerto pudo haber dejado aquella carta allí. Julián recordaba que la noche anterior, al acostarse, miró hacia el escritorio, y hacia el fondo, donde ahora aparecía la carta, sólo vio el acostumbrado tintero - regalo de un cliente agradecido - con sus dos plumas negras proyectándose en ángulos iguales hacia los lados. A la derecha aparecían varios volúmenes de referencia y a la izquierda unas revistas ya leídas que días atrás había separado para llevarlas a su bufete y siempre había olvidado. También recordaba haber conectado, como de costumbre, el seguro de la puerta, y esto lo podía comprobar ahora. De modo que ningún ser viviente pudo haber entrado a llevarle aquella

## LA HICOTEA

Cuento por Arturo Parrilla - puertorriqueno

La noche se ha entenebrecido repentinamente. Recia lluvia azota las maderas de la cabaña. Adentro, la anciana que aguardaba junto a la ventana, se ha levantado suspirando. Sabe que su nieta está en la laguna, y quisiera ir por ella. Pero no se decide; comprende que nada podría contra aquella voluntad adolescente.

- Desde que se le ahogó el novio no hace más que buscarlo. Y lo peor es que ya lo encontró - le ha dicho antes la hechicera.

- Casi es demasiado tarde pa' ayudarla - se dice ahora la anciana.

Y es cierto. La hicotea que alberga al angustiado espíritu del ahogado se le ha metido en el vientre a la joven y amenaza llevársela. Sólo un esfuerzo desesperado puede salvarla.

- ¡Pero yo quiero irme! ¡Yo quiero irme con él! - gritaron los ojos de la joven cuando la hechicera <sup>la</sup> advirtió <sup>del</sup> peligro.

- Eso se le quita - le dijo la hechicera a la abuela - No hay más que matarle la hicotea, que el espíritu se va y la deja tranquila.

Esta noche, cuando la anciana ha cerrado la ventana y mira al suelo, la amarilla luz de la casucha le deja ver huellas húmedas.

- ¡Santos espíritus - musita persignándose -, si será la hora!

- Jacinta, Jacinta, ¿estás ahí? - exclama al cabo de mucha vacilación.

Nadie le responde.

- ¿Que si estás ahí, Jacinta? - vuelve a preguntar.

- Sí - contesta débilmente la nieta desde el interior del dormitorio.

La anciana insiste aún, y cuando siente la voz más fuerte, se



aventura a entrar.

- Ya va a ser hora - le advierte Jacinta, en su ignorancia.

La abuela le palpa el abultado vientre.

- Ya vuelvo - le dice, y avanza hacia la cocina.

Señalándole a la anciana el fuego donde enrojece un cuchillo, la hechicera le explica:

- Esto pa' que no güelva.

- ¿Y luego?

- Más naide se ajoga en la laguna.

La señal es el grito.

La anciana agarra el cuchillo y corre hacia el dormitorio.

Poco después se precipita al bosque con un envoltorio ensangrentado.

En el juicio se revela que ha levantado toda una familia de catorce hijos y nietos y que todos la aman. Pero la corte la condena.

Ella se limita a mover la cabeza e insiste:

- Pero si a esa hicutea había que matarla. A que naide más se ha vuelto a ahogar...

carta durante la noche. En todo caso, eso nunca habría ocurrido. Ningún empleado del hotel entraría en una habitación sin antes tocar a la puerta, y esa noche no se le había despertado. Finalmente, eso sólo se haría en caso de incendio o de una catástrofe similar. Pero nada indicaba tal ocurrencia. No sólo guardaba el cuarto su acostumbrado orden, sino que hasta la misma calle - como muy bien podía comprobarlo a través de la ventana - aparecía tan tranquila como siempre: los céspedes reposando bajo el sol alegre y el muro vestido de trinitarias blancas al extremo norte.

Sólo quedaba una posibilidad: ~~que~~ que se le hubiese despertado y no lo recordase. Asido a esta esperanza, preguntó por teléfono a la sala de recibimiento:

- Llegó anoche alguna carta especial para mí?

- No, señor, el último correo llegó ayer a las cuatro y no aparece aquí anotado ni siquiera un telegrama para todo el hotel - le respondió una voz varonil al cabo de unos minutos de comprobación.

- Tampoco llegó nadie con un mensaje para mí, el licenciado Julián García ?

- No aparece aquí anotado - le respondió la misma voz.

Acercándose temeroso a la carta, Julián comprendió que no pudo haber llegado por el correo ni portada por ningún mensajero de este mundo. Tenía sello, pero habiendo dado por sentado que sería un sello ordinario, Julián no se había fijado en él. Así, no se había percatado de lo raro del mismo. Era un sello en que aparecía el retrato de Dolores Vázquez, el rostro empañado y las facciones algo indefinidas, como van tornándose los retratos de las personas muertas.

No cabía dudar que se trataba de una carta de Dolores Vázquez. Pero que tendría que decirle? Si aun desde mucho antes de morir,



desde que se divorciaron, él la había dado por muerta. Y asimismo había esperado que ella lo considerase a él. La carta, sin embargo, evidenciaba que no había tal:

"Julían:

No es en recuerdo de otros tiempos. Pero ni yo misma podría ya evitarlo. Es la sed que me ha consumido. El agua que me puedas dar la echarás en un vaso que hallarás en mi tumba.

Te espera,

Dolores"

Para Julián, nada de esto ~~era~~ resultaba oscuro. Dolores quería simular indiferencia, pero no tardaba en poner al descubierto su tragedia: la sed la había consumido y clamaba por agua. Agua que solamente él, Julián García, podría darle. Tal era el sentido interno.

El externo era mas claro aun. A diferencia del sobre, el papel era muy viejo, mostrando cada frase en distinto grado de claridad. La primera era la más opaca, la segunda y la tercera lo eran menos, en grado respectivo, y la cuarta parecía haber sido escrita recientemente. La despedida y la firma aparecían hasta mojadas, como si el mismo papel destilase la tinta. Diríase que cada una de aquellas frases había sido escrita en el transcurso de los últimos cuatro años y que ahora, cumplido ya el quinto aniversario de la muerte de Dolores Vázquez, la difunta terminaba firmando.

Con ello se explicaba Julián otro fenómeno. Desde la muerte de Dolores, había sentido que algo raro, sutil y poderoso, ~~era~~

se apoderaba de él. Y era este algo tan incognoscible, tan inasible, que podía maltratarlo, burlándolo siempre y ~~no~~ negándole toda posibilidad de defensa. Este algo tan alevoso, tan lleno de misterio, llenaba su vida de angustia, de desesperanza y de desasosiego. Nada podía hacer para combatirlo. Habiéndosele alojado en su propio ser, le hacía impotentes sus esfuerzos de combate exterior. Tal resultaba su entrega total y esporádica al trabajo más fatigante de su profesión o a los placeres de la carne. Cier- to, sí, que en ocasiones lograba vivir horas de relativa calma, pero la persecución regresaba pronto, a veces con mayor saña. Era como si en el fondo mismo de su ser se le fuese abriendo un abismo que le absorbiera la ~~consciencia~~ conciencia. Allí, en aquel abis- mo, cavaba su morada y desde allí le condenaba a sentirse el alma cayéndosele canto a canto.

Ya en el ~~límite~~ límite de su desesperación, Julián creyó no tener ~~ya~~ más fuerzas para seguir resistiendo. Entonces experimentó un alivio inesperado. ~~Hay~~ No fue, sin embargo, el alivio del que sú- bitamente se sorprende liberado de un peso que le ha abrumado la vida, sino el alivio artificioso de la insensibilidad. Casi total ausencia de volición, desinterés absoluto hasta por lo que más pudiera afectar su propia ~~existencia~~ existencia, el vacío. Como si dijéramos un preludio al dejar de ser.

Al principio, él mismo notaba el cambio y no dejaba de preo- cuparse. Solo que no podía hacer nada para evitarlo. Mas adelante, siguió notándolo, pero ya no le preocupó más. Había llegado a de- rivarle una especie de placer doloroso.

Pero un día también este placer desapareció. Entonces el vacío



fue más completo. Se levantaba de madrugada, montaba en su auto, llegaba a la oficina, atendía a los casos rutinarios de su bufete y hasta conversaba con sus amigos y conocidos de siempre. Lo hacía, sin embargo, sin saber cómo. No le parecía que fuese él mismo quien hiciese todo aquello, sino un resto de sí, un resto incapaz de sentir y crear, de desear, amar u odiar, una especie de máquina sin responsabilidad.

Así había vivido aquellos últimos meses, sin hallarle sentido ni sabor a la existencia. Y ahora que había cesado de preguntarse el porqué de todo ello, ahora que ni siquiera ~~se~~ <sup>se</sup> dolía de haber perdido el morboso y miserable placer de antes, encontraba aquella carta.

Verla y sentirse de nuevo lanzado hacia el abismo absorbente fueron fenómenos conjuntos. No más insensibilidad. Podía al fin palpase otra vez el ser. Era él, Julián García, de nuevo. Sólo que demasiado agitado en sus entramas. La ansiedad anterior había sido nada comparada a la de este momento. Y sabía que así había de ser porque así sufriría más, y de alguna manera se reconocía merecedor de aquel sufrimiento.

El abismo le reclamaba ahora de manera terminante. Era aquella carta la explicación y ~~era~~ era el mandato. Era el no ser que asediaba con todos sus tentáculos.

Hubiera dado la vida, o lo poco que de ella le quedase, por verse libre de angustia tan ~~era~~ pavorosa. Pero, cuánto amaba la vida en aquellos momentos! Nada podía considerar tan preciado. Tanto valía, que su preservación bien podía justificar el horrible suplicio.

El suplicio, sin embargo, crecía y era demasiado real y agudo

para que pudiera ignorarlo. Quería vivir y se sentía incapaz de padecer más. Ambos caminos, el de la vida y el de la paz, se le aparecían cerrados.

¿Qué hacer? Hay una fuerza niveladora en la naturaleza, esa fuerza sencilla que es resultado neutral de dos atracciones opuestas, que también opera en el espíritu. En momentos cruciales y fatídicos el alma humana la descubre, y haciendo concesiones a un mal menor, toma refugio en éste para sobrellevar, soslayándolo si quiera temporalmente, aquel de tormento ~~mayor~~ mayor.

Julian hizo una concesión: camino hacia su destino. De esta manera acortó el término de su vida, pero el dolor fue más soportable. Y no porque hubiese vuelto a caer en el vacío y estuviese insensible. No. Podía aún palpase el ser, aquello que ocupaba el hondon más profundo de sus entrañas. Pero caminaba indesviable hacia su destino.

Abandonó el hotel con el paso lento pero preciso del que, muy a su pesar, conoce lo inevitable de una fatalidad ~~in~~ inmediata. La fatalidad que no admite oposición. Sin detenerse para nada, sacó del garaje su auto, que antes conducía siempre acompañado de Dolores - cuando vivían en la casa situada tras el muro de las trinitarias blancas - ~~no~~ y no paró al pasar frente a su oficina, sino que siguió hasta el Cementerio de los Sauces.

- Sabía que por lo menos esta vez vendrías - le dijo Dolores desde el fondo de su tumba, recordándole que no había ido a verla ni enferma ni muerta.

- ¿Y por qué he tenido que venir? - pregunto confundido, más que nada por decir algo.

- Es la última oportunidad. Mañana me sacarán de aquí.

Julian comprendió que no era esa precisamente la razón, que



11

muy bien hubieran podido desenterrar y quemar los restos de Dolores, y hasta los de todos los muertos de la tierra, sin que él tuviese que acudir al cementerio, que la causa era otra y que aquella respuesta sólo tenía el propósito de evitar menciones desagradables.

- ¡Agua, agua! - clamaba Dolores.

Y la angustia en Julián rebosaba el colmo. ¡Tanta agua le había negado!

No vaciló en tomar el vaso y correr con él hacia el sepulturero.

- ¡No se dártela, Dolores! - exclamó al regresar.

- ¡Viértemela encima!

El obedeció, pero no tardó en escuchar:

- ¡No puedo tomármela! ~~Vuélvete~~ ¡Vuelve a recogerla!

Con la estupidez del desesperado, Julián trató de recogerla.

- ¡No puedo! - grito luego de su fútil intento.

- ¡Tampoco yo pude olvidarte! - respondió Dolores.

Y emergiendo de su tumba, le fulminó las entrañas.



MUERTE Y RESURRECCION

EN LA

MITOLOGIA

## CENA OPIPARA

(—————)

Cuento por Arturo Parrilla - puertorriqueño

"Esta vez sí que quedará satisfecho el buenazo de mi marido. No tendrá nada de qué quejarse, porque a la verdad que este pollo ha de quedar bien rico. De hecho, es el mejor que puede encontrarse. Y aun imaginarse. ¡Tan tierno! ¡Tan sano! Y hasta dulce. Sí, dicen que estos pollos así son dulces. Y de plumas, que es lo que más le molesta siempre, nada. Ni siquiera un tocón. Ciertamente, no tendrá razón para pegarme esta vez.

"Ahora que lo he abierto, conviene adobarlo. ¡Qué hermosura de pollo! ¡Tan sano! A la verdad que estaba desarrollando unos pulmones bien fuertes. A fe mía que de cualquier cosa hubiera muerto menos tísico. Cristiano, ¡cómo chillaba! Pero ya de eso, nada. Ahora, sólo placer de mi marido. ¡Qué regustón el que se va a dar! Ja, ja, ja, se ha de quedar tieso. ¡Un verdadero orgasmo!

"A ver, la sal. Discretamente, por supuesto. Hay que cuidar que sea sólo la precisa, pues este pollo ha de quedar perfecto. Que se le pueda saborear el dulcecito natural. Discretamente, pues. Un poquito por aquí y otro poquito por allí.

"Pero separar las presas. El cuchillo, ¿dónde lo he puesto? Aja, lo tengo aquí. No debo ~~me~~ olvidar partirlo en dos. ¡Dios, que pueda encontrar el mazo pronto! ¡Ay, si no tuviera que hacerlo con tanta desesperación! ¡El mazo! ¡Ah... por fin! Duro, caramba. Que parta enterizo. Ajá....

"Ahora la pimienta. ¡Gran Dios, a poco la olvido! Discretamente, por supuesto. Claro, claro, ha de quedar perfecto, con su dulcecito natural y todo. Así, así... Ahora venga el perejil. Vaya, que esto lo tengo a mano. Discretamente, por supuesto. Y un poco



de orégano no vendrá mal. No, no. A él no le gusta. ¡Ay, qué rico lo va a encontrar! A la verdad que si esta vez me pega...

"Pero me falta algo. Y es algo muy importante. ¿Qué sera? ¿Qué sera? ¡Dios mío, que no se me olvide nada! Dicen que cuando uno olvida algo, lo mejor es no empezar a romperse la cabeza buscándolo en la mente, pues entonces se turba uno más. Pero, ¿qué hacer, Dios mío? He de tenerlo listo para cuando él llegue. Pues no vas a conseguir nada desesperándote. Se te olvida algo; no sabes qué es; <sup>pues</sup> rompiéndote la cabeza no lo vas a recordar y lo vas a hacer peor porque te vas a turbar. Siéntate, pues. ¿Sentarme? ¡Pero con todo lo que me falta! ¡Estúpida mujer, siéntate y no jeringues más la paciencia!

"A ver, contempla el pollo. Mira a ver qué le falta. Tiene sal, tiene perejil, tiene pimienta. Muy bien, ya eso es algo. Pero mira a ver, ¿están separadas las presas? ¡Caramba, cómo pude olvidarlo! Venga el cuchillo, pues. ¿Ves si adelantas?

"Sí, tienes razón; ya es algo. Y es algo muy importante. Por supuesto, mujer. ¿Cómo pudiste olvidarlo? Si hasta habías empezado. Pero es que el adobo... El adobo, el adobo,.... ¡Ay, sí!.... ¡Lo que se me ~~olvidaba~~ <sup>olvidaba</sup> era el ajo! El ajo, pues venga el ajo. ~~Y no~~ Y no olvidar, claro está, un poco de clavo. Clavo, naturalmente. Y muy discreto, por supuesto. Ajá, estamos. Ha de quedar pero que bien sabroso.

"¿Vuelves a olvidar separar las presas? ¡Dios mío, si hasta lo estoy haciendo al revés! Primero había que separarlas y luego adobarlas. ¿Qué le vamos a hacer? Lo hecho, hecho. Partirlas, pues; no queda otro remedio.

"Me lo imagino saboreando estos muslos. A fe mía que en su

puta vida los habra' comido mejores. ¡Qué regustón el que se va a dar. ¡Y el que yo me voy a dar! ¡Ja, ja!...

"Prisa, prisa. Cortarle las patas, que no le gustan. Sabes que no quiere ni verlas, que por menos te ha querido matar. Pues no ha de serme difícil complacerlo. ¿Qué va? Y del cuello ni hablar. Cabeza y todo fuera. Vaya, pues; poca faena me pide. Es lo que digo: no tendrá la más mínima razón para pegarme, pues de plumas, patas, cabeza, alas y cuello, ni huellas.

"Pero no hables tanto, mujer, y date prisa. Vamos, a cortar, a cortar. Saca ese hígado. Bueno, ahora la molleja. ¡Y el corazón, el corazón!...

"Por fin... Ahora todas en una misma fuente y a remojarlas de nuevo en el adobo que soltaron.

"¡Pero elimina esas tripas! ¡Hazlo pronto, pronto!

"Menos mal que soy previsora. Sí, hice bien en comprar esta olla ~~de~~ de presión, porque ahora lo guiso todo aquí y el calor le da otra forma más particular. Y como es tan tierno... Válgame, creo que hasta los huesos se harán papilla.

"Las patatas, ¿están adentro? Sí, sí. Pues fuego con ello.

"No ha traído buena cara. Vamos, ¿cuándo no es Pascua en diciembre? Pero verás cómo cambia ahora cuando sienta el olor.

"Llévaselo pronto; acaba de sentarse. Pero, ¿habrá refrescado bastante? Acuérdate que una vez te dejó inconsciente porque se quemó la lengua... Llévaselo, llévaselo; con el olor le basta para calmarse.

"Caramba, tienes razón; a la verdad que ha cambiado el semblante. ¡Dios mío, con sólo olerlo! Vamos, no lo hagas sufrir más;



llévaselo ya.

"¡Con qué gusto lo devora! Tal como me lo había figurado. Si hasta se lame los dedos...

"¡Ya! ¡Pero habrá terminado ya! ¿Es él llamándome? ¿Quién más había de ser?

- Voy, voy, voy en seguida.

- Mujer, quiero más.

- Pues iré a buscártelo; creo que aún queda un poco en la olla.

- Pero avanza, que tengo hambre.

- ¡Hambre, con todo lo que has comido!

- Quiero decir que mi apetito es grande. Avanza, te digo.

- Calma, hombre; ¿no me ves que ya mismo te lo estoy sirviendo?

- Pónmelo directo en el plato. ¿Qué fuente ni fuente? Eso no hace falta. Lo único que se necesita para comer es buena comida y buen apetito.

- Toma, pues.

- Así se hace. Eso es ser una buena mujer.

- ¿Buena mujer?

- ¿Qué tonterías estás diciendo? Lo que ~~quiero~~ quiero decir es que cocinas muy bien; al menos esta vez. Vamos, déjame comer.

- Me quedare observándote; da gusto verte engullir con tanto placer.

- Haz lo que quieras.

- ¿De veras que está rico?

- ¿Pero no me ves cómo me chupo los dedos?

- ¿Y has vuelto a terminar ya?

- No he podido evitarlo; estaba demasiado sabroso. ¿Sabes?, creo que empiezo a cambiar ~~mi~~ mi opinión sobre ti.

- ¿De veras?



- Es que hasta hoy no te había conocido como tan buena cocinera.
  - ¿Te has conseguido un hada madrina?
  - Nada, puro talento.
  - ¡Cómo! ¡Y tan de repente! Me imagino que al menos has tomado lecciones. A escondidas mías, eh.
  - Te digo que puro talento. ~~de repente~~ Ah sí, un poco de aprendizaje, es decir a fuerza de golpes. Por <sup>eso</sup> es que, ya ves, aprendí de golpe.
  - Ja ja ja... Eso está muy gracioso.
  - Muy gracioso, sí, muy gracioso.
  - A ver, ¿cuándo me preparas otro así?
  - ¿Otro así?
  - Pues claro; quien hace el primero hace mil.
  - Pues me parece que en este caso no ha de ser posible.
  - Entonces no lo hiciste tú.
  - Ja ja... como saber que nació.
  - ¿Y cuál puede ser la razón entonces? ¿Es que te vas?
  - No precisamente.
  - Entonces... Acaba de explicarte, mujer, que me tienes sobre ascuas.
  - Pues te diré, la razón es muy sencilla. Es que el pollo es tu hijo.
- Y efectivamente, no pudo pegarle porque se quedó tieso en la silla. ¡Verdadera humanización de Saturno!

## EL SUEÑO DE EDIPO

Cuento por Arturo Parrilla - puertorriqueño

Dormía el niño feliz junto a la madre buena. Era la noche fresca, casi fría, y la tibieza del seno resultaba más bondadosa y placida que nunca. En su sueño, el niño la reclamaba. Y se hubiera quedado en ella para siempre. Nada más dulce podía desearse.

Pero la dicha fue corta. Demasiado fugaz. No tardó en presentarse el intruso de todas las noches: el hurano padre que siempre lo devolvía al lecho contiguo. El tirano que se apropiaba a la madre durante el resto de la noche:.. para hacerla gemir.

Esta vez fue como siempre. Poco después de sentirse en la sala el ruido de la cerradura, se acercaron, pesados y lentos, los pasos del tirano. Luego, la luz roja. Aquella luz que tanto hería. Por último, la voz ronca, profunda, que interrumpía el silencio:

- Nena, ¿estás bien?

Ella, sin despertar del todo, daba media vuelta en la cama y respondía pesadamente:

- Sí...

El niño se sabía abandonado sin esperanza. La amada prefería al otro, a aquel que la hacía gemir como si quisiera matarla.

¿Por qué? ¿Sería mala? ¡No! Si siempre, y aquel día también, había sido tan buena.

¿Merecía su cariño? Eso no podía saberlo él. Pero de todos modos, no podía vivir sin el cariño de ella. El cariño que ella le daba, seguro y completo, con alma y cuerpo, en todo momento...

En todo ~~momento~~ momento, excepto aquel de cada noche en que lo



devolvían a su lecho.

Cuando volvió a sentirse alejado de la madre, comprendió que abrigaba un odio profundo hacia aquel hombre. Tanto, que le deseaba la muerte.

Amaneció como todas las mañanas: el ruido de los frascos de leche en la puerta, las gallinas cacareando en el corral, el sol alegre en la ventana.

Como todas las mañanas, el niño sintió en el comedor, bien temprano, los pasos del abuelo. Sólo que esta vez no se oía al anciano sorber el café de su gran tazón. Tampoco se detenía para sentarse a la mesa, sino que entraba en el ~~cuarto~~ dormitorio.

Con voz contenida dijo:

- ¡Hija mía!

Presa de grave presentimiento, la madre saltó en el lecho, sentándose de golpe. No podía dominar su desesperación y exclamaba: - ¡MI marido! ¡Lo he perdido para siempre! ¡Dime que no es verdad, padre!

Ante el silencio del anciano, comprendió lo acertado de su presentimiento. Y él, viéndola callada, le dijo con gran esfuerzo:

- Anoche... mientras regresaba... en el auto... por el barranco del kilómetro siete... Aquel que siempre te daba vértigo...

- ¡Pero si lo sentí como siempre! ¡Mientras dormía lo creía a mi lado! ¡Dios mío, todo ha sido un sueño!

Y así diciendo, fue a buscar consuelo, entre sollozos, a los tiernos brazos del hijo.

El niño quedó sorprendido en su letargo matutino. Lo habían devuelto, como siempre, a su lecho frío y solitario. Pero todo

había sido un sueño, una pesadilla...

La realidad presente era muy distinta. No sólo tenía a la madre a su lado, sino que ella misma lo había ido a buscar.

Así, se supo prodigador de consuelo, hombre omnipotente sobre todos los demás hombres. Y como premio, el divino seno amado se abría ante su corazón de amante enamorado. Se abría para él aquel seno que ya nadie podría arrebatarse, porque era suyo, exclusivamente suyo... ¡Y era suyo para siempre!

Con sonrisa de dicha inmensa, le abrió también sus brazos, hundió en él su cabecita rubia y se olvidó del mundo y sus tristezas.

V I C T I M A   E N   E L   M U N D O



22

## EL PACTO

Cuento por Arturo Parrilla - puertorriqueño

Uno de los recuerdos más imborrables de toda mi vida lo traigo desde hace muchos años: un hombre degollado en plena calle.

El hecho ocurrió una tarde cálida en el lugar más prominente del pueblo donde ~~pasé mi adolescencia y hasta mi pubertad~~ <sup>pasé mi adolescencia.</sup> Es aquel un lugar donde convergen las dos cuestas que forman la calle principal: una larga que se extiende hasta recoger la sección comercial y otra corta que desemboca en el río. La inmediatez del río, unida a la elevación, hace de éste el lugar más fresco del pueblo; y en tardes estivales es muy común ver allí hasta grupos de familias enteras tomando el fresco. Aquella tarde, sin embargo, tal como si la generalidad del pueblo se hubiera confabulado para el crimen, no se veía un alma en la calle entera.

Fue por eso que no pude evitar fijarme en dos hombres - uno alto y el otro de estatura media - que de pronto se presentaron por la cuesta del río. El alto era de cuello notablemente delgado. Pero lo que más me llamó la atención en él fue su cara, una cara de facciones suaves en que el dolor parecía haber obligado a una resignación tranquila. Era, a todas luces, un hombre en extremo sensitivo. El de estatura media no me dio esta impresión; y supongo que es precisamente por eso que no recuerdo de su cara sino aquello que le vi en común con la del alto: la tranquilidad. Admito, sí, que aunque tal suposición sea correcta, nada tenía que ver la tranquilidad de uno con la del otro, pues si en el primero fue efecto de un fatalismo resignado, en el segundo no pasó de ser otra cosa que la manifestación de una innata incapacidad para todo sentimiento. Por lo menos, eso fue lo que me demostraron los actos de cada uno.

Los vi detenerse cerca de la acera opuesta a la que yo seguía. De lo que dijeron no puedo dar cuenta, pues además de estar alejados de mí algunos metros, hablaban en voz muy baja. Aun así, por sus miradas y ademanes sospeché que ~~me~~ se trataba de un pacto que estaban a punto de cumplir. De esto no me cupo la menor duda cuando vi que el alto, luego de señalar un punto frente a sí, dijo "Aquí" - única palabra que me fue dado escuchar - y allí mismo se acostó.

Lo demás ocurrió demasiado rápido. Agarró el más bajo el cuello del alto, empezó a medirlo en sus manos y al instante perdió la tranquilidad. Esto, creo yo, no se debió a remilgo alguno de conciencia, sino a mera excitación concupiscente o al hecho de tener que decidir entre gozar inmediatamente del placer ~~que~~ que veía cercano o aplazarlo para mayor gozo. Sea como fuese, le vi temblar las manos cuando el alto elevó la mirada al cielo. Entonces no pudo contenerse más y, luego de acomodarse mejor la cabeza del otro en la mano izquierda, la degolló inmisericorde cuando lo vio cerrar los ojos.

Desesperado, grite acusando el crimen, pero nadie pareció escucharme. Por su parte, el asesino se envaletonó más con la indiferencia general, y no tardó en amenazarme con la misma suerte de su infortunada víctima.

Ya la navaja ensangrentaba el aire cuando emprendí carrera hacia la sección comercial.

Algunas personas que empezaban a salir a los balcones o a transitar por las aceras se mofaban de mí cuando me oían denunciar el crimen. Con su actitud aumentaban mi espanto, y en mi mente



apenas si quedaba lugar para una sola idea salvadora. Así, hube de caminar mucho, durante largo rato, para que pudiera ocurrírseme el acudir a la policía. Esta no se mofaría, pensé entonces; y como no viera a ningún guardia en la calle, corrí hacia el cuartel.

~~nasal.~~

El recuerdo de esta segunda carrera me llega como una pesadilla. En ella me perdí dando vueltas por las mismas calles; los lugares se me descubrían llenos de rostros impasibles que me cerraban el paso con hostilidad; calles a menudo desiertas se congestionaban de vehículos...

No podría decir el tiempo que pasé en esta lucha, ni cómo sali de ella, ni cuántas cosas me ocurrieron. Sólo recuerdo sin ninguna duda que cuando por fin llegué a la comisaría, no podía contenerme el corazón y perdí el conocimiento.

Al despertar, me encontré tendido en un banco. Frente a mí, situado ante un escritorio a cierta elevación sobre los bancos de la sala, un ~~agente~~ policía escribía en una libreta, indiferente a todo cuanto le rodeaba, y a intervalos se llevaba la punta del lápiz a la lengua.

De súbito, me invadió un gran disgusto, nacido acaso de una desconfianza inevitable hacia aquel hombre, y quise marcharme. Con toda confianza me disponía a hacerlo, cuando descubrí que no tenía fuerzas ni para moverme.

No podía comprender mi estado ni el porque de encontrarme allí, pero el mismo agente - supongo que sin sospecharlo ni proponérselo - me sacudió la modorra. Y pudo lograrlo de la manera más sencilla: simplemente se puso a entonar, con la boca casi cerrada y en desagradable falsete, una cancioncilla ridícula que



sentí penetrarme por las costillas como aguja.

Mi paciencia no pudo más, y haciendo un esfuerzo extraordinario, me levante. Quería alejarme, buscar aire, ~~recordar~~ recordar lo que tuviese que recordar, pero encontrandome solo, sólo conmigo, en quien sólo podía confiar.

Empezaba a caminar hacia una ventana, cuando escuché al silencioso escribiente dirigirse a mí. Me preguntaba a qué había ido allí. Lo miré tratando de recordar, pero el ~~esfuerzo~~ esfuerzo volvió a resultarme inútil. <sup>Unicamente</sup> podía pensar que necesitaba aire, aire fresco, y seguí camino de la ventana. A cada movimiento, un fuerte dolor me corría por los huesos, pero no podía detenerme. Ya frente al aire, de cara al cielo, empecé a sentirme mejor.

Cuando volví a escuchar la pregunta, había recobrado la memoria.

- Acabo de ver degollar a un hombre - dije.
- Pues no debe de haber pasado muy poco tiempo, porque usted lleva casi una hora durmiendo.
- No pude evitarlo.
- Evitar qué, desmayarse?
- Sí...
- Despreocúpese.
- Pero supongo que ya ustedes lo investigaron; sucedió en plena calle.
- No tenemos tiempo para ocuparnos de tales casos.
- Le estoy hablando de un crimen.
- No sé por que le llama crimen. Casos como ése ocurren tan a menudo que ya ni nos molestan.

Ante tal salida, perdí hasta el brío de argumentar. Sólo, ma-

26

quinalmente, pude decirle:

- Entonces... ustedes lo saben...

- Sí, pero como le digo, esos casos son tan comunes que si nos fuésemos a ocupar de la mitad de ellos, no tendríamos tiempo para nada más. Luego, siempre cabría preguntar para qué tanto trabajo, si el cuerpo del delito invariablemente va a dar al río; de modo que antes de una hora, el crimen, como usted lo llama, para todos los efectos legales, se encuentra fuera de nuestra jurisdicción. Y eso, sin considerar que no vale la pena molestarse por un mal cuyo principal causante es aquel mismo que lo sufre. Porque no va a negarme usted que la víctima siempre ofrece el cuello. Por eso, todo cuanto tratamos es evitar degüellos en masa como aquellos de hace dos años en Chicago, en que el promedio diario llegó a cuatrocientos en el mes de mayo. Pero eso lo evitamos solamente para detener el sensacionalismo, que quién sabe si llegaría a causar efectos poco saludables en el público. De cualquier manera, a menudo ocurren cosas mucho más graves, como es el volar toda una ciudad de trescientas mil almas con sólo tirar de una palanquita desde un avión. Y total, yo no creo que nadie se desmayó para contar eso. En cuanto a investigarlo...

Al llegar a este punto, el policía hizo un gesto similar al de alguien que repentinamente considera que ha hablado demasiado. Luego cerró la libreta y abandonó ~~el~~ el salón.

Nunca más he vuelto a ser una persona sana. En mi confusión, he buscado consejo de todos cuantos me han querido escuchar; pero nadie me ha satisfecho. Un sacerdote me dijo que todo ello era una alucinación de Satanás; un psiquiatra, que se trataba de una pesadilla

producida por la observación de un acto sexual en el que debió de haber emisión de sangre. Aun ha habido otros que han insistido en que es puro pasatiempo de mi mente ociosa.

Yo no creo en ninguna de estas explicaciones, como tampoco creo en la justicia de lo que dijo el policía. Antes bien, considero que quien se conforme con cualquiera de esos criterios, automáticamente se convierte - sepalo o no - en aprobador tácito del crimen. No se me escapa tampoco la responsabilidad de las víctimas; y<sup>a</sup> aquellas señaladas para masacres próximas les pregunto: Llegado el caso, ¿sabréis tomar las armas en contra de vuestros carniceros o volveréis a pactar sumisas para entregar el cuello y revender el alma?



LUCHA EN EL MUNDO

## EL PELO DEL JOROBADO

Cuento por Arturo Parrilla - puertorriqueño

Un hombre caminaba solo a orillas de una carretera. Pudo haberse llamado Juan, o Pedro, o pudo haberse llamado José. Supongamos que se llamaba Evaristo. Pues este hombre que suponemos llamarse Evaristo andaba en una jira y andaba solo. La razón: su esposa no quiso darle su compañía ni quiso prestarle la de sus hijos, que eran dos varones de cinco y siete años. Y Evaristo, considerando que la compañía no es cosa para obtenerse a palos ni a porfías, ni por la fuerza del ruego o del soborno, se resignó a su suerte y de todas maneras se fue a la jira, aunque solo. Aun así, puede decirse que gozó de la jira más deliciosa de su vida. Corrió con los niños, conversó con los mayores, con algunos comió y con todos rió. Ahora, cercano ya el regreso, los dejaba ordenar sus cosas tranquilos, ya que él nada tenía que ordenar. Por eso caminaba solo a orillas de la carretera.

Era la carretera, en su mayor parte, una especie de franja entre el inmenso precipicio de la derecha y el plácido llano que al otro lado se extendía hasta culminar, antes del horizonte, en grandes y majestuosas montañas. El precipicio, sin embargo, no era visible desde el lugar que exploraba Evaristo, debido a que allí el terreno de la margen derecha se elevaba algunas yardas a manera de muro protector.

Avanzando un poco más en dirección a la ciudad y cerca ya de una curva, observó que la carretera se alejaba unas docenas de metros del precipicio. ~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~ Un corto y pintoresco camino atravesaba el paraje.



Tan extraño le pareció aquello, que quiso llegarse hasta el extremo. Pero más extraño le pareció lo que en este último punto vio: un pobre jorobado de pelo azul que a duras penas respiraba. Estaba tendido y tan golpeado, que hacía dudar hasta de tocársele para alejarlo de la muerte que abajo le amenazaba segura.

Por su parte, Evaristo no tuvo otro recurso que levantarlo y alejarlo del borde, proponiéndose dejarlo allí ~~en~~ mientras buscara auxilio entre los de la jira. Mas como le intrigaba tanto la causa de la desgracia, quiso orientarse algo interrogando antes al desdichado jorobado. Grande fue su esfuerzo por escucharlo y mayor el esfuerzo del otro por hacerse oír. La agonía, empero, era demasiado intensa, de modo que ambos se vieron frustrados.

Esperó Evaristo por espacio de unos minutos larguísimos, y ya empezaba a perder toda esperanza cuando lo vio levantar una mano. Siguiendo la dirección que indicaba, vio, al lado opuesto de la carretera y metida en el mismo llano, una roca. Más allá, sólo las montañas.

El llano se le apareció desnudo hasta el fin. El aire se detuvo. Hubo un silencio muy pesado, alguna espera...

Detrás de la roca, de modo que nadie podía verlos, se encontraban un rubio, un moreno, un trigueño, un negro y un mulato, todos de entre los dieciocho y los veintiún años de edad. Además, había allí otro individuo más alto, bastante delgado y muy pálido, de mayor edad. En aquellos momentos se dirigía así al grupo:

- Cada vez me convengo más de que ese jorobado es el hombre que conviene. No nos/~~xxxxxxxxxxxx~~ sólo nos ha de traer la buena suerte que dan todos los jorobados, sino que, además, con su particular pelo azul, nos proveerá las mejores insignias que cabe imaginar. Cada cual llevará



su mechón bajo ~~el~~ bajo la solapa y cuando se sienta confundido o se encuentre en peligro, lo mostrará. Cualquiera de nuestros asociados, que se cuentan por miles en la ciudad, acudirá en su auxilio tan pronto vea el mechón.

- ¡Magnífico! ¡Magnífico! - exclamó el trigueno.
- ¡Y nos llamaremos Los Azules! - agregó el pálido.
- ¡Estupendo! ¡Colosal idea! - celebró el rubio. Y el mulato, saltando entusiasmado, repetía:
- ¡Los Azules! ¡Los Azules! ¡Eso es, nos llamaremos Los Azules!
- ¡Que vivan Los Azules! - exclamó casi fuera de sí el negro.
- ¡Que vivan! - exclamaron todos.
- ¡Silencio, muchachos! Ha llegado un hombre. Lo está auxiliando - interrumpió el pálido.
- ¡Auxiliándolo! ¡Hay que hacer algo! - interpuso, escandalizado, el rubio. El trigueno preguntó:
- ¿Al intruso lo matamos o lo hacemos de los nuestros? - El pálido respondió:
- Eso hay que estudiarlo antes. Vigilaremos sus reacciones y veremos si puede resultarnos cooperador. - El rubio comentó:
- Al principio tiemblan y hasta se escandalizan, pero luego son los primeros.

Tanta verdad y alivio parecieron llevar estas palabras, que todos las celebraron con gran hilaridad. El pálido los interrumpió:

- ¡Pronto, pronto! ¡Acérquense todos! Usted, ¿por qué no le arrancó el pelo al maldito jorobado inmediatamente después de la golpiza?
- Este imbécil no encuentre el cuchillo a tiempo - explicó el trigueno. El mulato le salió al paso:
- ¡El cuchillo lo tengo aquí, y ponte a rezar, que pronto no tendrás

garganta pa tragarte la lengua!

El pálido se cruzó de brazos, y dando golpecitos con un pie en el suelo, se resignó a esperar.

- ¡No eres tu hombre suficiente pa hablarme así a mí - respondió el triguero con simulada calma. Acercándosele unos pasos, el mulato ~~respondió~~ replicó:

- ¡Eso lo vamos a ver, y es ya mismo!

- A ver, búsqúenle un cuchillo a él también - demandó el rubio.

- A éste me lo juego yo sin na - alardeó el triguero. Pero el moreno le lanzó un cuchillo al instante, diciéndole:

- No está bien, no está bien. Toma, defiéndete.

El triguero recogió el cuchillo.

- ¡A ver! - dijo - ¡Arrímate ahora, 'imbécil.' ¡Me oyes? ¡Imbécil, imbécil, imbécil!

El mulato se enfureció y ya se lanzaba contra él, cuando intervino el pálido:

- ¡Quietos, quietos los dos! Basta ya de estupideces. A su puesto cada cual.

Ambos contrincantes obedecieron y cada uno fue a sentarse a la sombra de un árbol distinto. Los demás ocuparon lugares entre los dos puntos. El pálido continuó:

- A usted más le valga usar el cuchillo en lo que se le ordena. Y usted domine un poco los impulsos de pelea y de injuria cuando no es el caso. Desgraciados, ¿cuándo acabareís de comprender ~~una~~ que mientras más nos dividamos más nos debilitaremos. Mientras tanto, nuestros enemigos multiplican sus defensas. En nuestras propias inmediaciones un grupo de no sabemos quiénes celebra una jira. ¿Quién nos puede asegurar que no demos entre ellos con nuestro verdugo? Ya podéis ver cómo en estos precisos momentos un



hombre presta auxilio al jorobado mientras dos de entre nosotros amenazan sangrarnos más aún de lo que ya hemos sangrado. Maldita sea! ¡Tanto trabajo y para nada! Sólo para que nos persigan más. A todo esto no contamos aún con un solo mechón. Si llegan a dispersarnos no podremos demostrar ni siquiera quiénes somos ante nuestros propios amigos. ¡Nos perderemos en el bosque y ~~ya~~ nadie podrá salvarnos!

Tan grande fue la convicción de aquellas palabras, que el rubio demandó impaciente:

- ¡Hay que actuar rápido entonces! ¡No es posible perder mas tiempo!  
 - ¡Corramos, pues! - subrayó el pálido, aunque resintiendo lo que parecía intromisión en su cargo por parte del rubio. Y el grupo entero avanzó contra los dos hombres.

De la manera más inesperada, Evaristo se sorprendió entre las garras del negro y del rubio. Lleno de pavor, luchaba por no mirar al jorobado, ya que el trabajo del grupo empezó en seguida. Pero le abrían los ojos y le levantaban la cabeza. Inevitablemente veía cómo el trigüño hundía sus rodillas sobre el deforme cuerpo del jorobado, cómo le sujetaba los brazos y lo dejaba inmóvil. Y veía cómo el mulato, sujeto el montón azul de cabello; en su zarpa izquierda, seguía con el cuchillo el curso exacto del cuero cabelludo en fino corte por la frente; tras las orejas y la nuca. De esta manera desangrada, la víctima no tardó en morir.

Era llegado el momento de eliminar el cadáver. Muy sencillo, el modo. Y tan sutil, que con sólo llevarlo al borde se le dejó deslizar, sujeto siempre el ~~mazo~~ mazo azul, claro está, en la mano izquierda/<sup>del</sup> ~~del~~ mulato. Así, al volcarse el cuerpo hacia el abismo, quedaron seguras todas las insignias en poder del grupo.



Trofeo en mano, el mulato saltaba de alegría. Y estaba tan contento, que hasta el triguero se gozaba de verlo, pareciéndole asimismo que era aquella la mejor coyuntura para la reconciliación. El otro, que también pensaba igual, buscaba sus mirada, aunque ~~no~~ disimuladamente, por supuesto, no fuera a notársele la intención. Así las cosas, no se hizo esperar el momento de sorprenderse sonreídos, y alargándose los brazos, comenzaron a bailar. Bailaban y reían y por turnos se inclinaban apretándose el estómago, que les dolía de tan fuerte risa.

Todos sintieron una gran euforia de verlos unidos como dos hermanos. Pero más que ninguno el pálido, que hasta se emocionaba de orgullo, insinuando en sus ojos el brillo de las lágrimas. Todos, pues, por impulso irrefrenable, se unieron a la danza. Y celebraron con la misma risa en torno a la cabellera, la cual había depositado el mulato, con suma gracia tunante, en el suelo. Frente a la cabellera, sentado como un hindú, tenían a Evaristo, alelado ya de terror.

- ¡Vivan Los Azules! ¡Vivan Los Azules! ¡Vivan Los Azules! - gritaban a coro, ebrios de satisfacción por lo alcanzado y con empeño de <sup>mas</sup> fundir el/ grande pavor al cautivo.

Luego siguió una segunda ceremonia, la cual tuvo como preámbulo la cura de la cabellera. Y fue de este modo:

Se cuidaron antes de aislar a Evaristo frente al abismo. Inmediatamente, ~~sentados en círculo y al modo oriental~~ se situaron delante de él, sentados en círculo y al modo oriental, con lo cual le hacían imposible toda escapatoria. <sup>En</sup> Al centro del grupo se sentó el pálido, quien no tardó en hacer una señal con la mano. La recogió el negro al instante, y sin preguntarle nada, corrió hacia la roca.

Al momento de volver, lo esperaban todos ~~en~~ muy callados y



quietos, tanto que cualquiera, de verlos, los hubiera creído unos angelitos, a no ser por lo macabro de lo que enfrente guardaban. Lo esperaban hasta con los ojos cerrados, pareciendo como que se concéntraban en sí mismos - o al menos que lo intentaban - y no los abrieron hasta que lo sintieron poner en tierra lo que traía, que eran un pomo, una jofaina y un cofre.

En la jofaina colocó el pálido la cabellera, la cual lavó con un líquido verde que extrajo del pomo. Era éste un líquido tan particular que limpiaba las cosas de inmediato, dejándolas absolutamente secas e inmaculadas. Fue así que la cabellera, con sólo una vez que se le sumergió, vino a quedar seca y limpia de toda sangre y mácula. Lo mismo sucedió con el suelo, el cual fue purificado con el líquido que sobró en la jofaina. La cabellera, además, quedó lista para ser cortada, y a ello procedió el alto con suma destreza. Pero como los mechones cortados tenían el ancho de un dedo, hubo de quedar un gran sobrante, el cual fue debidamente depositado en el cofre. Y estaba éste tan bien provisto para el propósito que se le requería, que hasta forma de cabeza mostró en su centro cuando el negro lo abrió. Ajustó, pues, el pálido el sobrante de la cabellera - que era de hecho casi toda - sobre aquella forma de cabeza, y luego de darle ciertos toques para mejor apretarla, cerró el cofre y lo dejó a su lado. Fue entonces que llegó el momento de la repartición.

Para ello sumergió antes todas las insignias en la jofaina, la cual estaba llena de un vino sumamente aromático y embriagador que aportó el moreno. Luego las extrajo, una a una, y por turnos las fue distribuyendo. Por turnos también tomaron todos de la jofaina, y el pálido lo hizo el último, de modo que no se adormeció



como los demás y pudo despertarlos. Hacia el final, se encontraban en la mejor disposición para gozarse en silencio de su altísimo logro, cuando les turbó tan dulce calma un vocerío que llegó repentinamente de la carretera.

- ¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Avancen, que se nos va! - decían algunos.

Eran los de la jira, quienes se desesperaban por no perder el último autobús para la ciudad. Corrían como locos hacia la convergencia entre el camino y la carretera, punto donde a todas luces habría de parar el vehículo, y asimismo desesperaban a Los Azules. Estos, sin embargo, conocían demasiado bien el lugar, de modo que si perdían la calma era de puro cobardes. Comprendiéndolo así, Evaristo supo escurrirse en el momento de mayor confusión, y salió a la carretera cuando llegaban a la convergencia los primeros del grupo. Ya entonces Los Azules habían desaparecido por un estrechísimo y muy inclinado desfiladero que, partiendo del borde del abismo, conducía hacia un bosque extrañamente profundo.

Nadie sospechó ninguna ocurrencia, puesto que en el camino no se vieron huellas ni manchas de sangre. En cuanto a Evaristo, estaba demudado, pero<sup>a</sup>/los demás les preocupaba tanto el dichoso autobús, que ninguno se percibió de ello. Como no se percibieron tampoco de un grito horrible que salió del fondo del abismo.

- ¡Pero es que no lo escucháis! ¡Ninguno lo escucha! - exclamaba Evaristo. Sus compañeros lo miraban asombrados.

El autobús había recorrido varios kilómetros, cuando se detuvo para recoger a dos pasajeros. Eran un hombre corpulento y, para sorpresa de Evaristo, el más pálido de Los Azules. Entraron, y tan pronto el pálido lo vio, sentado allá solo en el último asiento trasero, se le acercó sonreído. El no le sonrió, pero el otro no cedió

~~por ello~~ por ello, sino que sentándosele al lado con su compañero, le dio un pellizquito cariñoso en la cara. Evaristo le retiró la mano con desagrado evidente.

- ¿Es que no quieres mi amistad? - le preguntó el pálido.
- Yo sé buscarme mis propios amigos - respondió él, más molesto aun por aquel trato familiar de "tú".

Los otros dos se miraron algo confusos. El rompió el silencio bruscamente:

- ¿Cómo pudo usted llegar hasta aquí tan pronto?

El pálido lo miró grave, molesto a su vez por el "usted". Al mismo tiempo tuvo una buena ~~ma~~ excusa para callar: el autobús reanudaba la marcha con una sacudida, y él tuvo que asegurar su agarre en el asiento inmediato para no golpearse.

Pasado el incidente, cambió su expresión de improviso a una sonrisa que le dirigió al corpulento:

- No es poco lo que pretende el chico, eh. <sup>apenas</sup> ~~no me~~ acaba de despreciarme y ya quiere que le revele un secreto.

El corpulento rio a carcajadas, con toda su cara roja, llamando la atención de algunos y mostrando una buena cantidad de muelas vigorosas. Luego que hubo silencio, el pálido, bajando tanto la voz que solo Evaristo podía escucharlo, prosiguió:

- La verdad, amigo, es que habiéndome usted despreciado como lo ha hecho, no puedo darle la información que me pide. Sin embargo, no creo que todo está perdido. Aún queda alguna posibilidad de que lleguemos a entendernos, a fin de ayudarnos, claro está. Y lo podemos tratar aquí mismo. Pues bien, lo que tengo que decirle es esto: usted, la verdad sea dicha, por más que me ha despreciado, me cae bien. Es usted un tipo callado, discreto, no anda con aspavientos



y, hasta donde he podido ver, es fuerte, fuerte de ánimo y de cuerpo. Además, tiene entereza.

Evaristo sonrió maliciosamente, de modo que el pálido no pudo evitar cierta molestia y decidió aclarar un punto antes de proseguir. Arrimándosele más y bajando <sup>mas aun</sup> ~~la~~ la voz, le dijo con los dientes apretados:

- De paso, no vaya a creerse que le digo todo esto porque tema a una delación. Quiero advertirle que demasiado bien sé que usted, después de haber visto lo que vio, no va a tener nervio para ninguna de esas tonterías.

Evaristo no le respondió de palabra, pero lo miró fijamente y sin temor. El otro volvió a tomar su anterior tono:

- Pues bien - continuó - aparte de lo que acabo de decirle, también puedo ver en usted cierta disposición poética. Como, no puedo explicármelo, pero de que la veo, la veo. Y esto, entre nosotros Los Azules, como en todas las cosas, siempre encuentra su aplicación. ¡Ah, la poesía!...; Si el vulgo supiera de cuánto se priva!...

Miró al corpulento como indicándole que las últimas palabras iban dirigidas a él. Luego hizo una pausa para suspirar y tocó a Evaristo en el hombro, sonriéndole. Esta vez Evaristo no le retiró la mano. Sospechaba que la culminación de todo ~~el~~ aquel absurdo no se dilataría, y decidió esperar. El corpulento observaba con semblante de turbación. Los demás pasajeros, enfrascado cada cual en su propia conversación con la esposa, el hijo, el sobrino, la hermana, la madre o el amigo, no se percataban de nada ni mostraban el más mínimo interés por lo que sucedía atrás. El pálido prosiguió:

- Acaso le sorprenda, pero la verdad, amigo, es que ~~me~~ aquí donde me ve, yo entiendo de esas cosas. Si supiera, tuve un tío que fue



escultor, y muy notable por cierto. Baste decir que fue premiado varias veces. Y mi abuelo, mi abuelo también, como usted, se soltaba sus líneas.

- ¡Pero cómo! - interrumpió Evaristo ~~que se puede tener un~~ que se puede tener un tío y se puede tener abuelo sin haber tenido madre?

El corpulento, lleno de fastidio hasta entonces por no contar en su familia con ningún nombre ilustre y por no entender él mismo ni jota de escultura o de poesía y, peor aún, por parecerle que el pálido decía todo aquello más que nada por mostrar superioridad sobre él, se echó<sup>a</sup> a reír como un loco. Su compañero, por supuesto, se quedó bastante corto, y de seguro hubiera mostrado empaldecimiento de haber tenido algún color; pero siendo así que no tenía ninguno, fue necesario a los otros dos mirarle el gesto para adivinar lo que sentía. Y cuando se hubo percatado de su falta, fue a su vez el corpulento quien se quedó corto. Evaristo decidió esperar, y el pálido, algo reanimado por el efecto último que había causado en su compañero, prosiguió:

- Yo, la verdad sea dicha, no voy a alegar que soy lo que no soy. Ahora, sí puedo garantizarle esto: yo soy un hombre de colegio. Me falta, es cierto, el talento creativo, pero como le dije, entiendo de esas cosas. Y esto se lo digo a usted porque sé que es un hombre inteligente y culto. Basta verlo y oírlo, aunque sólo sean dos palabras lo que diga, para estar seguro de ello. Y por cierto, no creo que pasen de ahí las palabras que le he oído. Pero eso me basta, porque ha de saber usted que tengo una intuición extraordinaria para conocer a la gente. Pues como le decía, lo vi a usted y supe en seguida que se trataba de un hombre culto, inteligente y posiblemente talentoso.



De alguna manera, tanto esfuerzo fallido por llegar a una proposición provocó extraña lástima en Evaristo, quien por otra parte, no dejaba de recordar el horror de antes. Veía, sin embargo, un altísimo grado de indefensión dentro de aquella maldad y le parecía que el hombre se disculpaba a ratos, como si en tales momentos lamentase un destino inevitable. Sin sospecharlo él mismo, esta impresión le provocó una sonrisa leve que nada tuvo de malicia.

Tanto en el pálido como en el corpulento el efecto fue instantáneo. Sonrieron con la misma satisfacción y melosidad de dos niñas enamoradas, el pálido pareciendo como que se sonrojaba y el corpulento mostrando las escasas muelas que hasta entonces no había podido mostrar.

- ¡Yo sabía que no me equivocaba! - exclamó satisfecho el pálido.

Luego le dijo a Evaristo:

- Tenga usted un cigarrillo. - Y viendo que vacilaba en tomarlo, insistió:

- Tómelo, no hace daño.

Lo cogió al fin, y el corpulento alargó también la mano para hacer lo mismo; pero el pálido, que aún resentía lo de la risa, guardó la cajetilla como si no lo hubiera visto. Completó su obsequio dando lumbre a Evaristo, y prosiguió:

- Ahora le satisfaré su curiosidad del principio. Quería usted saber cómo fue que yo pude avanzar más que el autobús. Pues verás que sencillo. Mientras el autobús se llenaba, yo corría por el desfiladero con los que quedaron de nosotros. Y digo con los que quedaron porque, ya verás, sucedió un accidente. De todos modos, como los demás tenían sus insignias bien aseguradas, decidí dejarlos solos

por un par de horas y venir a la ciudad, donde tengo un asunto muy importante que resolver. Salí, pues, por otro desfiladero que hay más adelante, después de la curva que se ve desde el camino, con la intención de encontrarme con este caballero que aquí ve usted.

El caballero sonrió complacido como jamás en su vida. El pálido continuó:

- Yo sabía que no había de fallarme, y así fue: allí estaba el hombre, puntual como un tiro. Pues, ¿qué se cree usted que tiene este hombre? Este hombre tiene una motocicleta. Y usted sabe cómo corren esos animales. La montamos, caramba, y a no ser porque se nos descompone a mitad de camino, hace rato estuviéramos en la ciudad. Fue, pues, así que pudimos avanzar más que este autobús y llegamos por fin a montarnos en él. ¿Ve qué sencillo?

Las últimas palabras las acompañó de una sonrisa que el corpulento duplicó volviendo a exhibir los cordales. En cuanto a Evaristo, no pudo evitar fastidio por haber mostrado tan escasa imaginación. El pálido, que lo notó, aprovechó la coyuntura para un nuevo intento de acercamiento que lo llevase a su tan dilatada propuesta. Volvió a tocarlo en el hombro y le dijo:

- Usted puede servirnos de mucho.

- ¿Cómo yo!

Tan contraria reacción, entre sorpresa y escándalo, produjo un cambio de táctica:

- ¿Recuerda usted - prosiguió el otro - que le hablaba de un accidente?

Evaristo asintió con el gesto alhelado de un niño sorprendido. Viéndolo así, el otro juzgó que iba teniendo éxito y se adelantó



otro paso:

- Pues en ese accidente, ¿quién cree usted que murió?

El corpulento observaba con interés extático. La interrogación, sin embargo, no suscitó respuesta en Evaristo, acaso por ser demasiados los temores que le despertaba. Antes bien, le acentuó más aun el gesto de aturdimiento de momentos previos, convirtiéndolo en puro espejo de pavor. Y como ocurría que esto era precisamente lo que buscaba el pálido, por aquello de tomar a su presa desprevenida, se apresuró a dar la fatal noticia:

- Murió el rubio.

- ¡El rubio! - exclamó Evaristo, conmovido hasta las entrañas, como si de repente hubiese olvidado la maldad de que había sido capaz aquel. ~~Se recobró,~~ Se recobró, sin embargo, con bastante prontitud y aclaró:

- Yo sabía que había habido una desgracia, y estaba impresionado, sí, pero mi reacción no tuvo otra causa que el haber supuesto que se trataba de otro jorobado.

El pálido quiso simular sorpresa:

- Entonces no le da pena que haya muerto uno de los nuestros. ¿No lo recuerda usted? El pobre, fue el que más se afanó por conseguir al jorobado. Y estaba tan contento con su insignia. ¿No lo recuerda en la danza?

Evaristo permaneció callado.

- Pues estaba muy contento, sí. Pero sucedió que en la turbación de la fuga se le perdió la insignia y se volvió como loco. Corrió desbocado por el desfiladero, dando aquellos gritos que usted debió de escucharle, y terminó rodando hacia el abismo. El bosque negro que se extiende abajo...

- En otras palabras, necesitaba de la insignia para saber que existía y era alguien - observó Evaristo en un súbito relampago intuitivo.



tivo que le prestó final explicación intelectual a su presentimiento anterior sobre la suerte de aquellos individuos.

- Como lo necesitamos todos - subrayó el pálido.

- Todos no, <sup>vosotros</sup> ~~ustedes~~ Los Azules.

- Sí, claro, claro.

- ¿Y no tenéis otro recurso que el crimen?

- Tratamos de evitarlo, pero muchas veces nos resulta imposible.

Es una desesperación tan grande... Especialmente cuando sentimos que ~~un~~ se nos persigue. Con el tiempo, sin embargo, terminamos encontrando cierto placer en ese mismo tormento y ya no podemos sustraernos más al acto. Fíjese que en él encontramos dos satisfacciones: la seguridad que nos presta de momento en nosotros mismos, al permitir que nos creamos más fuertes que los demás, y la promesa que nos ofrece de un castigo que <sup>a la vez tratamos de eludir desesperadamente.</sup> ~~sin embargo buscamos.~~ Por que lo buscamos, <sup>sin embargo,</sup> para mí es un misterio; pero el hecho seguro es que una vez hemos saboreado ambas satisfacciones nos resulta imposible sustraernos más al acto, ya que sólo mediante él nos las podemos asegurar. Entonces lo convertimos en modo de vida. Un círculo vicioso del cual no es posible escapar...

- ¿Y no se le ha ocurrido considerar la situación de aquellos en quienes se ensaña?

- Yo sólo sé que tenemos una necesidad y que nos urge satisfacerla. El caso del jorobado debió de demostrárselo bien claro. Y mejor aún pudo comprobarlo con la muerte del rubio, que, ya ve usted, se volvió loco al perder la insignia. En resumen, que nos urge...

- Precisamente. Por eso yo opino que lo de las insignias es mera exteriorización de otra necesidad mucho más profunda. Una necesidad que posiblemente se puede satisfacer sin perjudicar a nadie...



- Y esa necesidad, ¿obedecerá a culpa nuestra?

- No lo creo.

- Entonces nos han tomado el pelo.

- Aceptemos que así sea. ¿Pero no ha pensado jamás en la posibilidad de superar su destino? *Es un adiestramiento como otro cualquiera. Requiere sacrificio, desde luego...*

Esta vez fue el pálido quien rio. Y lo hizo de tan buena gana, que hasta se ahogó. Cuando pudo hablar de nuevo, dijo:

- Su ingenuidad es francamente deliciosa. Me propone nada menos que seguir siendo víctima. ¡Y ello voluntariamente! ¡Voluntariamente! ¡Cuando en mis manos tengo ser yo el que tome el pelo!

✓ Veo que hablamos idiomas distintos. Tratemos entonces de entendernos en algo más concreto e inmediato. A ver, ¿qué quiere de mí?

- De repente se me torna listo el hombre. Me obliga a serle franco.

- Quería proponerme algo, ¿no es eso?

- Cierto, sí...

- Diga, pues.


- Pero con una condición: que no hemos de entrar en dibujos.

- Muy bien entonces; nada de dibujos.

- Pues se trata, como le he dicho antes, de sus servicios.

- ¡Mis servicios! Pero es que no veo que papel podría desempeñar yo en todo este asunto.

- Ya lo verá usted, ya lo verá. Es algo sumamente sencillo; es decir, sencillo para usted, y que no le costará ningún sacrificio. ¿Se acuerda que al principio hablábamos de poesía? Pues todo vino por esto: Este muchacho rubio que murió esta tarde era un poeta. Y hubiera sido el poeta que nos escribiese el himno. Porque necesitamos un himno, Los Azules necesitamos un himno. Ah, si no lo hubiésemos perdido!... Era tan gran muchacho. Un poco amigo, es cierto, de tomarse mandos que no le correspondían, en ocasiones, pero también



hay que ver que lo hacía de puro celo. Como le digo, era tan buen muchacho. ¡Y tan buen poeta! ¡El himno que nos hubiera escrito! Pero la verdad, amigo, no he perdido la esperanza. Porque recordara que <sup>montado</sup> ~~me~~ apenas me había ~~montado~~ cuando le dije que me <sup>daba</sup> ~~xxxix~~ usted idea de ser poeta. Más aún, mis palabras debieron de ser estas: Sin haberlo oído siquiera hablar, supe en seguida que era usted un hombre culto, inteligente y de posible talento. Y juro por ésta que no he de equivocarme. Si a ello agregamos lo mucho que vale para una tarea de tal naturaleza el haber sido un iniciado en nuestros misterios, como ~~de~~ de hecho lo es usted, que observó de cerca nuestra ceremonia de identificación, no cabe ~~de~~ otro recurso que darle la elección. ~~Es~~ Es suyo, pues, el honor de escribirnos el himno.

- Muy bien, no voy a discutirle. Pero recuerde una cosa: por ese honor yo cobro.

- Hombre, pues no faltaba más. ¿Acaso creía usted que le estaba pidiendo un honor de gratis? ¿Cuánto quiere?

- ¿Qué tal le parece diez mil?

- ¡Diez mil! ¡Pero eso es exorbitante! ¡Por un poema! ¡Horror, a quién se le ocurre!

- Pero fíjese usted, estoy sacrificando un principio. Lo que le cobro, recuerde, no es el trabajo en sí; es el principio.

- Comprendo, comprendo, pero no puedo; es demasiado. Además, todavía hay que considerar que debemos pagar a un músico.

- Pues yo lo siento, pero ésa es mi tarifa.

- Mire, la verdad es que por ahora no estamos muy bien de fondos.

De hecho, ni siquiera hemos comenzado nuestras operaciones en regla.

¿Qué tal le parece una cuarta parte?

- ¡Ah, pero usted me insulta!



- Bueno, si lo va a tomar de esa manera, estoy dispuesto a <sup>acceder</sup> ~~XXXXXX~~ a una componenda. Le ofrezco cinco mil.
- Diez mil.
- Pero fíjese que aún cinco mil se los ofrezco con sacrificio.
- Diez mil.

Tan obstinada actitud obligó al pálido a un último esfuerzo. Se acercó al corpulento y le susurró algo al oído. Este respondió de la misma manera y al cabo de cinco o seis susurros llegaron a un acuerdo, lo cual indicaron asintiendo con la cabeza. Entonces el pálido dijo:

- Esto es lo más que podemos darle: siete mil.
- Diez mil.
- Ah, pero tiene usted una gran ventaja. También puede trabajar permanentemente con nosotros.
- ¿Ganando cuanto?
- Lo que usted quiera. Todo depende de su propio esfuerzo.
- Pues manos a la obra. ¿Qué quiere decir usted en el himno?
- Verá usted. Debe ser un himno que hable de nuestra invencibilidad, de la muerte que espera al que nos persiga... Y debe hablar de nuestro nombre: Los Azules. Esto es muy importante. Recuérdelo.
- ¿Lo quiere rimado o en verso libre?
- Podríamos probar con varias versiones. ¿Qué le parece?
- Pues buscando la rima, probemos algo así:

Yo tengo el mechón azul  
y a mí nadie me confunde...

- La idea está estupenda - interrumpió el pálido. - Ha puesto usted hasta más de lo que le dije. Y en sólo dos líneas. Porque a la verdad que ese detalle de no confundirnos está muy bien, muy bien. Pero déje-

me ver una cosa: Yo-ten-goel-me-chón-azul... siete sílabas. Ahora déjeme ver el otro verso: y a-mi-na-die-me-con-fun-de... ocho sílabas. Está mal.

Evaristo lo complació más aún agregándole este reconocimiento:

- No hay duda de que usted divide muy bien las sílabas.

El pálido miró al corpulento como un gigante a una hormiga. El corpulento empezó a respirar con dificultad, mostrándose ansioso. Evaristo agregó:

- Me parece, sin embargo, que se está apresurando en su juicio. Es cierto, sí, que el primer verso tiene siete sílabas; pero la falta es sólo aparente, porque fíjese que la última palabra es aguda. Esto le aumenta una sílaba, de modo que automáticamente tenemos ocho.

- ¡Caramba, cómo se había olvidado eso! Siga, siga usted, que va muy bien.

El corpulento miró a su compañero con burla nada oculta. Evaristo continuó:

- Pues yo terminaría esa primera quarteta así:

Yo tengo el mechón azul  
y a mí nadie me confunde,  
quien me persiga se hunde  
más seguro que un gandul.

- ¡Qué cosa más extraordinaria! ¡En tan pocas palabras lo ha dicho usted todo! - exclamó el pálido. - ¿Verdad que está muy bien? - le preguntó al corpulento, quien se limitó a sonreír tímidamente. El, mientras tanto, multiplicaba sus exclamaciones:

- Yo sabía que no me equivocaba. El hombre tiene talento.

Evaristo lo interrumpió:



- Esa quarteta la proyecto como resumen introductorio.
- ¡Magnífico! Vera usted resueltos todos sus problemas. E imagine usted, también sus problemas matrimoniales.
- Entonces, usted está enterado...
- Francamente, lo estoy.
- Quiere decir que todo aquello de que adiviné quien era yo con sólo verme la cara era pura filfa?
- Bueno, pero no vaya a tomarlo a pecho.
- No, si en ningún momento lo tomé en serio; no vaya a creerse.
- De cualquier manera, queda en pie el hecho de que con tanto dinero como va a hacer usted con nosotros, resolverá no digo yo sus problemas matrimoniales... Resolverá todos sus problemas. Vivirá en la gloria.
- ¿Y a qué viene eso de insistir tanto en lo de mis problemas matrimoniales?
- Usted sabe cómo es su esposa. Le exige tanto...
- Pues con mi esposa lo tengo yo todo resuelto. Si tanto dinero necesita, que se vaya al Diablo.

Alguien miró hacia ellos. De repente, Evaristo había levantado la voz. Pasados unos instantes, y viéndolo calmado, el pálido le dijo, con simulada frialdad:

- Entiendo, por supuesto, que eso en nada afecta su decisión de trabajar con nosotros.
- ¿Pero no comprende usted que esos versos no sirven!; que son muy malos! En primer lugar, ¿qué sentido puede tener eso del bendito gandul?

Los dos compañeros se miraron estupefactos. ¿Cómo era posible - pensaban - que el propio autor de una obra la echase así por el suelo, sobre todo habiendo de por medio tanto dinero?

- ¡Pero cómo! - exclamó el pálido, comprendiendo de súbito. - ¿Quiere decir que durante todo este tiempo usted nos ha estado tomando el pelo como a dos inocentes?

El corpulento, que hasta entonces se había sentido abrumado ante tanto derroche de ingenio y por no ser hombre de colegio y no entender de aquellas cosas, rompió a reír de manera tan escandalosa, que todos los pasajeros se voltearon hacia él. Callo cuando volvió a encontrarse con el gesto enfurecido del pálido.

- ¡Tomarles yo el pelo! - respondió Evaristo, levantando la voz. - Lo que he hecho ha sido meramente recordarle a usted lo estúpido de su propia atrocidad, con la diferencia de que no le he causado daño.

- Baje un poco la voz, por favor. - demandó el pálido; y volviendo a apretar los dientes, advirtió:

- No vaya a creerse tampoco que nos va a servir de juez.

- ¡Quien, yo! ¡Dios me libre de nuevo! Difícilmente podría creer en el papel de juez quien trata de comprenderos. Pero comprenderos y compadeceros es una cosa. Cooperar con vosotros o aprobar vuestras acciones, es otra.

El pálido apeló a un último esfuerzo:

- ¿Pero es que usted no piensa en sus hijos?

Y más le valiera haberle recordado la abuela, porque Evaristo saltó hecho una furia, gritándole:

- ¡Mis hijos! ¡Pero valiente recurso se busca usted! ¡Precisamente el más pobre en este caso! ¡Y en boca del más pobre!

Todos se volvieron hacia ellos, súbitamente sorprendidos. Viéndose así acorralado, el pálido tuvo una astucia maestra: Le propinó un tremendo pisotón al corpulento, quien reaccionó volviendo a reír con igual escándalo que antes, y él mismo puso el gesto de quien toma algo como pasatiempo. A la vez, daba a entender con señales



que Evaristo había perdido el juicio; y con ello parecía lograr su propósito, ya que todos se miraban y hacían comentarios, algunos con gran temor. Por su parte, el propio Evaristo alimentaba esta impresión con su vehemencia, que aumentaba el efecto de burla de los otros des. Cegado por la ira, exclamaba:

- Aun pasando hambres crecerán mejor si en ello encuentran sentido. No tendrán, como vosotros, que quitar nada a nadie, porque en sí llevarán lo mejor que de mí han deseado. Seré yo su propia realización. Y por sentirse plenos, no fraguarán venganza. Ni apelarán a insignias para saber su nombre o lugar en el mundo. Sabrán que son, y eso les bastará. Y cuando hayan de engendrar, no engendrarán destrucción, engendradora de más destrucción, como <sup>todo</sup> lo vuestro. será lo de ellos, si no grandioso, al menos... al menos...

Buscaba una palabra clara, una ~~palabra~~ palabra que no dejase lugar a duda en cuanto a la intención de un corazón limpio. Y se le ocurrían varias, pero por alguna razón tenía que descartarlas. Por ejemplo, decente.

- Suena muy bien - se decía - pero se ha abusado tanto de ella. Y sano? Acaso sí, pero podría resultar mezquina. ¿Y santo? ¡Pero si no se trata de eso! Entonces no me queda sino humano. ¡Horror! ¿Por qué persiste martillándome el cerebro esta palabra? Cierto que no se le puede negar lo abaricante. ¿Pero será precisa, clara? Todo menos eso. Además, es una palabra tan desacreditada... En resumen, que no me sirve. ¿Entonces cuál?

Se desesperaba buscando la que fuese justa. Y el pelo se le revolvaba y el sudor le corría por la cara. Y era tan extraño su gesto, tan extraño el conjunto de la escena, que muchos se reían. Otros, los menos, se compadecían; pero todos estaban sorprendidos y nadie entendía de qué podía tratarse todo aquello.

Desde el momento en que aludió a realización los tuvo a todos perdidos. Aun así, y a pesar de los gestos y la risa de los otros dos, el incidente hubiera pasado como más o menos normal, a no ser por la elaboración de sus juicios. Fue esto, de hecho, lo que lo hundió. Porque no hay que negar que sonaba bien descabellado aquello de apelar alguien a insignias para saber su propio nombre. Y aquello de buscarse en otros...

Había callado. Seguía desesperado por la palabra y aún no la encontraba. De repente, turbado por la risa de tantos, volvió a sentirse sacudido como al instante de escuchar el grito. Se llevó las manos a la cabeza, no queriendo ver ni oír ni pensar nada. Era todo tan duro, tan ~~una~~ cruel...

El autobús dio una sacudida. Había llegado a la ciudad y se detenía en la primera parada. Allí mismo empezaron a salir los de la jira. Salían en orden, pero rápidamente y sin voltearse. El propio conductor, temeroso, había abandonado el volante y les cobraba afuera.

Caminando hacia su casa, una joven señora, con aires de gran aplomo, decía:

- A juzgar por la risa de aquel hombre, estuvieron bromeándolo todo el tiempo y el tomándolos en serio.
- Yo siempre dije que un tipo así, encerrado siempre entre tanto libro, no podía terminar de otra manera - afirmó un viejo tonto, queriéndose dar de sabio.

Una solterona, muy asustada, decía:

- Y a la verdad que dijo cosas bien extravagantes. ¡Y el gesto que ponía, Dios mío!
- Cuando su esposa lo ~~sepa~~ sepa ... - agregó otra señora, caminando del brazo de su marido, quien aclaró:



- No creas que ha de importarle mucho. Me conozco bien a la donita.
- Con que sí, eh.
- Por Dios, hija, no empieces con estupideces. El barrio entero la conoce. ¿Es que vives en las nubes?
- Hoy día los hombres son más chismosos que las mujeres.
- Dejémoslo ahí.

Un viudo cuarentón interpuso:

- Y tan bien que pasó el día... Pobre hombre.
- Que se vayan buscando a otro en la oficina - sugirió fríamente un compañero de trabajo de Evaristo.
- ¡Ay este mundo, Dios mío, quien lo entiende! - se lamentó por último una señora muy gruesa que a duras penas subía la empinada ~~escalera~~ calle con su nieto al hombro.

La calle quedó desierta. En el autobús, el pálido le decía al corpulento:

- Bueno, con este fracasamos en lo primero; pero al menos nos economiza el trabajo de buscar a un victimario en la ciudad. Después de todo, a alguien tenemos que entregar. Y a eso vinimos. Este, digo, nos sirve muy bien. Y por lo que a nosotros toca, ¿qué más da que lo crean loco o que lo crean cuerdo?

El corpulento respondió levantándose la solapa y mostrando a Evaristo la placa ~~de~~ de la autoridad.

- Déjele ver usted su carnet de identidad - ordenó el pálido.
- No tengo ningún inconveniente. Mire que ~~claro~~ clarito se lee: Evaristo Morell Sanlúcar.
- Le gusta recalcar lo de la madre, eh - le recordó con agrio sarcasmo el pálido.
- Sí, porque la tuve. Como también tuve padre. Y muy bueno, por cierto; aunque no ilustre.

No lo dijo por herir. Lo dijo porque sí, porque quería decirlo. Y al decirlo sintió que le embargaba una gran dicha, una calma infinita, como debe de sentir quien se ha ganado el cielo. Solo sólo puede sentir quien ha calado el abismo más negro y ha conquistado la cumbre más excelsa. Como sólo puede sentir quien ha sabido dar lo mejor de su ser.

Ya no buscaba la palabra y sin embargo la supo. Era clara, precisa, abarcante. Y era a la vez tan corta y tan sencilla: digno. Pero no tuvo que decirla. La sabía, y eso bastaba. Porque ésa era su realidad, su realidad de siempre, la que nadie podría arrebatarse. Era su realidad, y era rica.

Mirando con lágrimas al cielo, dijo lleno de gozo:

- ¡Alabado seas, Señor!

El corpulento no rio esta vez. Se torno grave, con esa gravedad que provoca el temor a lo desconocido. Viéndolo así, también el pálido tuvo temor; pero se resistió y reaccionó sacudiéndolo. Entonces ambos volvieron a ser dueños de la situación y produjeron un par de esposas para Evaristo.

No fue difícil esposarlo, ya que no ofreció resistencia. Pero estaba absorto y fue preciso agarrarlo bajo los brazos para levantarlo.

Se lo llevaron rendidos por el hastío, en ese esfuerzo inútil y ancestral de las bestias por eliminar al hombre de la tierra.



H O M B R E   S O B R E   E L   M U N D O

## LAGRIMAS PRECIOSAS

Cuento por Arturo Parrilla - puertorriqueño

Todo era revuelo en palacio. Era preciso cambiar el decorado. También las alfombras, comenzando desde la gran escalera principal, debían renovarse. Un crecido número de artistas, nativos y extranjeros, laboraban afanosamente para dar fin a la nueva colección de cuadros que reemplazarían a los antiguos. El tema era el mismo en todos: el amor. Y en todos era tratado de manera optimista. Era el amor ofrecido y recogido y ~~devuelto~~ devuelto en gozo. ¡El amor satisfecho, multiplicado, triunfante!... Igual tema imperaba en los nuevos tapices. Sobre las paredes, las líneas decorativas se limitaban al trazado de meras columnas y arcos, de modo que el tema a que daban marco en cuadros y tapices siempre resultaba lo más conspicuo de todo el conjunto.

El propio rey, instalado por entonces en su cercana residencia veraniega, tomaba parte activa en la renovación presentándose todas las tardes en palacio para inspeccionar lo hecho y sugerir nuevos detalles. Caminaba por entre las filas de artistas y artifices y ante unos y otros se detenía y expresaba algún juicio. Estimulados todos por tan vivo interés, concluyeron la obra mucho antes de lo planeado. Así, el rey tuvo la inmensa satisfacción de verla concluida en la primavera.

El sol acariciaba dulcemente los céspedes, los prados y las suaves colinas, cuando en pueblos, villas y aldeas los súbditos se congregaban ávidos para escuchar el mensaje de los heraldos. A cada comunidad se le ordenaba enviar a palacio, para un gran baile próximo, a la joven más bella y virtuosa. De entre las seleccionadas, escogería el príncipe heredero a su futura reina.



Llegó por fin el magno día. En los alrededores del palacio, el pueblo desbordaba su alegría en torneos, danzas y banquetes. En el interior, el inmenso salón palpitaba a los acordes de la orquesta, la alegría de los caballeros, la belleza reunida, como nunca antes, de tantas jóvenes virtuosas, todas con un mismo deseo, un mismo ideal. El propio príncipe había iniciado el baile con la que vio sentada al fondo del salón. Pero no era ésta precisamente la que había captado su interés profundo. Seguido por los caballeros, continuaba turnándose en la danza con cada una de las beldades. Todas le sonreían y suspiraban extasiadas, demostrándole vivamente cuán prendadas estaban de él. Su pasión, empero, había despertado momentánea, centrándose inevitablemente en una, de inmensos ojos claros, que por sus gestos y ademanes le pareció la más delicada. Con las demás había hablado, mas al llegar a ella guardó silencio. Sentía su mirar profundo, sus manos que temblaban, su cuerpo que se estremecía, su aliento perfumado que a instantes se fundía con el suyo propio. Y sentía crecer dentro de sí, hasta oprimirle el pecho, aquella pasión sublime, surgida tan de repente. Conmovido de gratitud, levantó los ojos al cielo, y fue como si de dos tibias fuentes bajarán ríos límpidos que fueran a vaciarse en aquellos lagos claros, inmensos, tranquilos...

Ya no pudo resistir más. Sin meditarlo, devolvió a la amada a su asiento, cruzó por entre los invitados y se llegó hasta su padre. No le dijo una sola palabra. Se limitó a abrazarlo, y antes de que pudieran notarlo, desapareció.

Cuando, sorprendidos, todos se hubieron marchado y en el palacio se extendió el silencio, la joven beldad lloraba aún de

hinojos. En el cielo, surgían los primeros luceros.

Pasaron varios años. El rey languidecía en su palacio triste. Ni un solo medio de encontrar a su hijo le quedaba ya sin agotar. Había perdido la última esperanza.

Un día en que meditaba somnoliento, apoyada su barba en la mano, levantó la cabeza para escuchar el informe de un ministro. Se refería el informe a un rumor que circulaba en cierta provincia, según el cual, entre los mineros de allí se había visto a uno que en muchos sentidos respondía a las señas del príncipe.

El monarca suspiró dolido y sus ojos derramaron lágrimas.

De las que derramaba el <sup>príncipe</sup> ~~príncipe~~ se decía que al endurecerse quedaban convertidas en diamantes. Y como no fue posible encontrarlo cuando fueron en su busca, el pueblo entero se dio a buscar las preciosas lágrimas. Algunas ~~aparecieron~~ aparecieron y fueron entregadas al propio rey, quien dio en cambio verdaderas fortunas. En tanto, la suerte del príncipe volvía a rodearse de misterio; el rey volvía a entristecer.

No entristecía, sin embargo, la beldad amada. Dueña ahora de un bello castillo, regalo del monarca, celebraba magnas fiestas, luciendo su belleza en duelo de rivalidad. El príncipe la observaba, pero aún le sostenía la fe. ¡Tanto necesitaba de aquel amor!

Sin que ella pudiera sospecharlo, formaba parte de la servidumbre del castillo desde hacía algún tiempo. Y tan perfecto era su disfraz, que sólo un alma verdaderamente enamorada de él habría podido reconocerlo. Tuvo la joven, sin embargo, ocasión de ello, y fue de esta manera:

Lloraba un día el quebrantamiento de una hermosa joya, cuando se le acercó una de sus damas y la consoló diciéndole que podría encontrar quien se la arreglase de manera que volviera a parecer



nueva. Aunque algo incrédula, accedió a confiarle la joya, y cuando volvió a tenerla en sus manos, quedó tan sorprendida y tan satisfecha, que hizo llamar al platero para expresarle su agradecimiento en persona. El, aunque pobre en el vestir, le respondió con gran finura:

- Sólo una razón me ha movido a hacerlo, señora: ¡os amo!

Se disponía a seguir declarándole su amor, pero ella no se lo permitió. Enfurecida, le ordenó abandonar la sala. El obedeció humilde, y tan grave fue su herida, que no pudo contener una lágrima. Al tocar el suelo, la lágrima quedó convertida en diamante.

Ya no tardó un instante más en volver de su error la joven. Jurando amor ~~por~~ profundo, eterno, implorando perdón, cayó al suelo de rodillas. Pero también el príncipe había vuelto de su error.

- ¿De qué podría valerte mi perdón - le dijo - si ya no puedo amarte? Acabas de matar mi amor. Y lo has matado en el preciso instante en que habrías podido alentarlo para siempre. Yo mismo te ofrecí ese instante. A través de los años lo fragüé, sacrificando en él cuanto placer gratuito me ofreció la vida. Y lo hice porque aspiraba a una dicha total. Quería sentirme rey en todos los reinos. Tu amor se me ofrecía de regalo y no me satisfacía. Necesitaba yo un amor conquistado por mi propio esfuerzo, no por el brillo de mi alcurnia o de mi porvenir. Nada que esto pudiera darme confirmaría mi valor de hombre. Por eso lo he buscado por la vía más ardua. Y si en ella lo hubiera hallado, mi dicha habría sido completa.

¡Cuánto ofrecía yo en cambio! Mis lágrimas eran el verdadero premio. Pero habrías de saber apreciarlas por ti misma, no porque el mundo les valorase antes ~~porque de súbito las rieras conver-~~

~~una~~ calidad preciosa. Si así hubieras hecho, ¡cuán distinto sería este instante! ¡Cuán distinta la vida a partir de ahora!

Eran el fruto de mi dolor, del dolor que he vivido junto a los hombres ~~que~~ pobres cuando he querido conocer su vida. Cuando he aprendido que en su vida nada ~~se~~ se da, que todo cuesta esfuerzo, lágrimas, tormento...

Tal fue el propósito de mi desaparición. Quería conocer a aquellos a quienes un día debería gobernar. Junto al más noble altruismo, conocí las incontables bajezas que la miseria crea. Aprendí que en iguales condiciones, también yo habría podido caer, y tuve horror. Pero este horror no fue nada comparado con el que sentí cuando descubrí que eran otros hombres, hombres poderosos, los que, explotándolos, ahogaban a aquéllos en la indignidad.

Un día me pareció ver todos los caminos cerrados y llegué a caer presa de verdadero desfallecimiento. Sin que pudiera evitarlo, me iba invadiendo una especie de asco, una especie de vergüenza... Pero, ¿qué iba a hacer? En esto no se me ofrecía posibilidad ninguna de elegir. Estaba irremisiblemente obligado a aceptar mi propia condición. Entonces me di a luchar por derivar de ella lo mejor posible.

No fue fácil el camino que escogí; siempre es más fácil descender. Tenía que luchar con tantos imposibles, obstáculos tan inmensos, que a cada instante se me venía al suelo el producto de esfuerzos inapreciables. Tal fue el origen de mis lágrimas, verdadera sangre de mi corazón que se destrozaba.

Pense que debía hacer algo con ellas, y dediqué mis noches,



mis noches solitarias, a cuajarlas. Así, pensaba, mi sangría, inevitable ya, podría, transformada en belleza, resultar edificante para otros que, igualmente angustiados, pudieran fijarse en ella y derivar consuelo, inspiración... Y ya ves, lo conseguí. Sin embargo, todo ello no me ha bastado para alcanzar tu amor.

- No es cierto. Te amo igual que aquel día.

- Te creo. Pero es el tuyo un amor que no me pertenece. Adiós...

Y envolviéndose en su raída capa, se alejó de la joven y emprendió el ascenso por el sendero que lo conduciría al trono.